

El amor del duque

Alexandra Black

EL AMOR DEL DUQUE

A watercolor illustration of two young men in 18th-century attire. The man on the left has dark hair and a mustache, wearing a dark green coat and a white cravat. The man on the right has reddish-brown hair and is also wearing a dark green coat and a white cravat. They are shown in profile, facing each other and embracing. In the background, there is a large, ornate castle or manor house with a prominent tower and a spire, set against a backdrop of green hills and trees. The overall style is soft and painterly.

ALEXANDRA
BLACK

Capítulo 1

Capítulo 1

Ravenscroft Hollow, Cornualles

1818

La luz de la luna proyectaba sombras espeluznantes sobre Ravensshield Castle cuando Gabriel llegó al lugar a caballo. Detuvo su montura en el camino de acceso al castillo y lo contempló durante unos instantes antes de azuzar al animal para que continuase avanzando.

Estaba agotado y necesitaba con urgencia una comida caliente, un baño y una cama para descansar. Exactamente por ese orden.

No era sólo el camino lo que lo había llevado a ese extremo cansancio, sino también el peso del título recién heredado, que lo había obligado a abandonar sus habitaciones en Waterloo para regresar a su hogar. Las responsabilidades, el título y Ravensshield Castle lo asfixiaban, pero era su deber estar allí, ya que ni siquiera había sido capaz de volver a casa para el funeral de su abuelo. No había avisado a nadie de su regreso, sólo había escrito a la señora Banks para advertirle de que volvería a Ravensshield Castle y le había pedido que no informase a ningún familiar. No quería verse rodeado de tíos, primos y otros familiares que, sin duda, tendrían algo que pedirle y que se quedarían en el castillo durante semanas.

No, no estaba siendo desagradecido. Simplemente no se sentía capaz de enfrentar esa situación. Quería a su familia y el Gabriel Worthington del pasado habría estado más que feliz de invitarlos a pasar un tiempo en el castillo. Pero ya no era el mismo Gabriel que había ido al continente, ni el que había venido de permiso en tres ocasiones. No, el Gabriel de ahora había estado en el sitio de Badajoz, había estado en Waterloo y en otras tantas batallas infames que no sólo le habían robado la alegría, sino también la inocencia.

La grava del camino crujía bajo los cascos del caballo que había alquilado en el pueblo vecino y pensó en el propietario de Rosemoon Manor. Una sonrisa curvó sus labios al pensar en la mansión isabelina del conde de Cadwell. Aquel lugar siempre lo había llenado de una gran paz. Recordó sus altas torres y delicados detalles arquitectónicos iluminados por la luz del sol. La mansión estaba rodeada por exuberantes jardines en terrazas, donde rosas trepadoras se entrelazaban en arcos y las fuentes de mármol murmuraban melodías tan dulces como relajantes.

En el interior, la mansión revelaba una opulencia cuidadosamente elaborada. Los pasillos adornados con candelabros de cristal, conducían a salas decoradas con muebles de época y tapices intrincados. Los ventanales altos y enrejados permitían que la brisa marina se filtrase suavemente en el interior para refrescar las estancias en verano, mientras que las chimeneas de mármol ofrecían un cálido refugio en las noches de invierno.

Gabriel podía visualizar cada rincón de Rosemoon Manor. Y, si fuese el Gabriel de antaño, sin duda habría pasado la noche allí en lugar de forzar su dolorida pierna durante nueve kilómetros más. Sabía que el conde estaba allí. Le había escrito tantas cartas rogándole que regresase, asegurándole que lo esperaba en Cornualles, que era imposible que no supiese que estaba en Moonford. La señora Banks se lo había confirmado en su última carta, por si hubiese habido alguna duda. Pero Gabriel jamás dudaría de la palabra de Owen. Él siempre cumplía sus promesas. Siempre.

Gabriel nunca había entendido por qué Owen amaba tanto Ravenshield Castle, pues era completamente opuesto a Rosemoon Manor. El castillo proyectaba un aura de frialdad y robustez. Sus muros de piedra maciza se elevaban como guardianes imponentes, resistiendo los embates del tiempo y las inclemencias del clima marino. Las almenas y las torres de vigilancia evocaban una sensación de fortaleza medieval, pues al fin y al cabo aquel había sido su origen.

A diferencia de Rosemoon Manor, Ravenshield Castle carecía de la elegante ornamentación y la delicadeza de detalles de la mansión. Sus espacios eran amplios y austeros, con techos abovedados y pasillos oscuros en los que, si uno prestaba atención, podía escuchar los ecos del pasado. Las estancias estaban amuebladas con muebles robustos y funcionales, diseñados para resistir la prueba del tiempo. No había calidez en Ravenshield Castle y, aun así, Owen siempre corría al castillo huyendo de su propio hogar.

Gabriel siempre había creído que no sabía nada de Owen y exactamente así se sentía cada vez que pensaba en él, a pesar de las extensas cartas en las que escribía detalles nimios sobre su día a día, pero nunca hablaba de sí mismo en profundidad, como si no supiese cómo hacerlo. Aunque, ¿podía Gabriel reprochárselo? Él, que no había contestado ninguna de sus misivas desde su primer permiso. Él, que aún sabiendo que estaba en Rosemoon Manor había pasado por Moonford como un moroso huyendo de sus acreedores, a pesar de haberse detenido en la posada The Silver Lion para tomar una pinta y cambiar el caballo.

Suspiró y detuvo la montura frente a la puerta. Un mozo apareció corriendo justo cuando acabó de desmontar —lo cual le ahorró del bochorno de que lo viesen perder el equilibrio y aferrarse al caballo para

no caer—, lo que indicaba que lo estaban esperando. El muchacho se llevó el caballo y la puerta principal se abrió, dando paso al señor Pillford, el mayordomo de Ravenshield Castle. Gabriel suspiró, resignado, y cojeó hasta llegar a la puerta, forzándose a subir cada maldito escalón a pesar de que habría sido mucho más conveniente para él entrar por la cocina. Contuvo las lágrimas de dolor y mantuvo una expresión pétrea cuando saludó al mayordomo. Aguantó como buenamente pudo las dos hileras de criados que estaban allí para recibirlo a pesar de lo intempestivo de la hora. Todos lucían los uniformes impecables y, a pesar de que parecían realmente cansados, allí estaban, mostrando una templanza que lo forzó a comportarse como se esperaba de él y permitió que le presentasen a los de más relevancia, a pesar de que ya los conocía.

Podrían haber hecho aquello por la mañana, que habría sido lo correcto, pero la señora Banks pensó que necesitaría unos días para descansar y prefirió hacerlo a aquella hora.

¡Bendita señora Banks! ¿Acaso sabía algo sobre su problema? ¿O simplemente intuía que necesitaba soledad?

Bien, fuese como fuese, aceleró las formalidades y lo acompañó a su nueva habitación, la que había pertenecido al duque. Habría protestado porque hubiesen decidido por él dónde iba a dormir, pero ni siquiera tenía fuerzas para eso.

Cuando llegaron a sus aposentos, le pidió al ama de llaves algo de comida caliente, cualquier cosa que hubiese, y que le preparasen un baño. Después de eso, podían retirarse todos a descansar. Y, como la señora Banks era la mujer más eficiente que había conocido jamás, en veinte minutos le subieron una bandeja con una humeante sopa de verduras, pollo asado, una rebanada de pan, queso y —suponía Gabriel—, todo lo que la mujer encontró en la cocina. Quizá lo había visto demasiado delgado y quería engordarlo como a un cerdo en una sola noche.

Comió con voracidad, olvidando por completo los refinados modales que correspondían a su posición. Era más como un soldado famélico que por fin puede comer un mendrugo de pan.

Apenas diez minutos después de terminar de cenar, unos lacayos llegaron con una bañera de cobre que colocaron detrás del biombo, el lugar donde había estado la de su abuelo, que era de hierro fundido. Miró a la señora Banks, que acompañaba a una criada que portaba las toallas y el jabón en una bandeja de plata.

—¿Qué sucedió con la bañera de lord Edevane, señora Banks? —preguntó, curioso, mirando hacia el lugar donde los criados habían colocado la

nueva.

—Estaba vieja, Excelencia, y decidí sustituirla por esta, pero si no es de su agrado...

Gabriel negó con la cabeza, dando a entender que no le importaba. Cuando por fin se quedó solo, cerró la puerta con llave, se desnudó y se metió en el agua. Agradeció el calor, que relajó sus músculos en minutos y alivió el dolor de la pierna herida.

Suspiró y extendió la mano hacia el jabón, que olía a lavanda, y la imagen de Owen vino a él. Aquel jabón no se preparaba en Ravenshield Castle, sino en Rosemoon Manor. Lo sabía bien, porque Owen olía ligeramente a lavanda. La señora Banks siempre había optado por un jabón sin olor, tal y como le había pedido lady Edevane. Ni a su abuela ni a su madre les gustaban los jabones perfumados, pero en Rosemoon Manor parecían adorar el olor a lavanda. Los armarios, las sábanas... Owen. Todo, absolutamente todo olía a lavanda. Y, por eso, cada vez que ese olor llegaba a sus fosas nasales, recordaba a su viejo amigo. No importaba que llevase años evitándolo, porque aquel recuerdo permanecía vívido en su memoria.

Cerró los ojos y recordó a Owen. Delgaducho, desgarbado y un poco torpe, como si no fuese capaz de coordinar los movimientos de sus extremidades superiores e inferiores. Caminaba encorvado, lo cual le valía continuas reprimendas de sus padres y tutores. Quizá lo hacía porque era demasiado alto y quería pasar desapercibido, no lo sabía. Pero siempre había algo huidizo en él, como si realmente quisiera ser invisible para el mundo.

Menos para él.

Con él era alegre, vivaz, divertido. Era su mejor amigo. Lo era a pesar de la distancia, el tiempo y el silencio de Gabriel. Y lo sería siempre, aunque Owen se cansase algún día de su silencio.

Owen Hargreaves siempre sería la persona más importante para él.

Recordó su expresión dolida la primera vez que lo ignoró. Fue en la fiesta de alguna duquesa o marquesa, no estaba seguro. La dama presentaba a su hija en sociedad, eso sí que lo recordaba, porque había perseguido a su hermano —el verdadero heredero del ducado— toda la noche. Owen, que no había cambiado nada en el año que había transcurrido desde su último encuentro, lo había perseguido a él como un cachorrillo dolido y desesperado por una muestra de afecto de su amo. Y él, lleno de crueldad, no le había dedicado un solo minuto de su tiempo. Y después, para evitar su persecución, huyó de Londres y se escondió en Ravenscroft Hollow. Aunque, a decir verdad, había esperado que Owen lo siguiese,

pero no lo hizo. Y lo lamentó. Lo lamentaba todavía.

Owen no sabía lo importantes que habían sido para él sus cartas los últimos cinco años. Las esperaba como quien espera la sonrisa de la diosa Fortuna. Cada una de aquellas cartas, llenas de momentos cotidianos, de anécdotas campestres, lo llenaban de una paz que no podía expresar con palabras.

Pero Gabriel no era estúpido. Las cartas habían cambiado, eran más frías, más distantes, correspondiendo a su silencio. Y le dolía, no podía negarlo.

No sabía bien por qué huía de Owen, pero una vez que había empezado a hacerlo, no pudo parar y ahora no sabía cómo dar marcha atrás. ¿Realmente huía de él? ¿O huía acaso de sí mismo?

Todo había comenzado su última semana en Inglaterra durante su primer permiso. Él, ufano, se veía hermoso con su uniforme y lo había lucido en Rosemoon Manor para Owen, quien lo había mirado con sincera admiración. Y él se había pavoneado por los jardines de la mansión, orgulloso.

Owen lo había llevado hacia un lugar apartado de los jardines, un punto ciego, el que solían esconderse para leer libros prohibidos. Una vez allí, su torpe amigo lo había empujado contra el viejo roble bajo el que habían dormido muchas siestas de niños, y lo había besado. Gabriel, en aquel entonces, ya tenía experiencia en aquellas lides, pero Owen no y le molestó que alguien inexperto lo hubiese asaltado de aquel modo. Su yo joven y gallardo se había sentido muy incómodo y molesto. Lo había apartado de golpe y huido de él. Desde entonces lo evitaba.

Si hubiese analizado un poco sus propios sentimientos, se habría dado cuenta de que estaba asustado, no molesto. Que el movimiento de Owen era exactamente el que él había querido hacer en más de una ocasión, aunque siempre había justificado aquellos impulsos disfrazándolos de cualquier otra emoción diferente que lo hiciese sentir más cómodo.

No, Gabriel no negaba sus preferencias. Sabía que le gustaban los hombres, sabía que debía ser prudente y tenía la firme certeza de que acostarse con una mujer no era algo que desease. De hecho, todos sus compañeros sexuales habían sido hombres.

Pero había algo en Owen que lo asustaba, aunque en aquel momento no sabía qué podía ser. Ahora sabía que era amor. Amaba a su mejor amigo de un modo en el que jamás debería amarlo. Sin embargo, la mera idea de hacerlo lo aterraba. Y, cuando se supo correspondido, huyó. Ahora sabía todo eso, sí. Pero entonces no y había lastimado al mismísimo lord

Cadwell, el calavera más deseado de Londres.

Sí, conocía cada movimiento de su viejo amigo a pesar de su silencio y de las más que evidentes omisiones de Owen, quien le contaba cualquier cosa, menos sus andaduras diarias.

Reconocer que le dolía pensar que había otras personas en su vida y en su cama le costaba, pero eso era exactamente lo que sucedía. Mas, ¿qué otra cosa iba a hacer su viejo amigo si él mismo lo había rechazado de una forma tan cruel?

Dada la frialdad y lo mucho que había acortado sus cartas, Gabriel intuía que pronto dejaría de recibir sus misivas. Le dolía, pero no podía reprochárselo. Le había escrito centenares de cartas que no habían obtenido respuesta. ¿Acaso él habría soportado todo aquello? Estaba seguro de que no lo habría hecho. Él no era tan paciente y constante como Owen. Que lo castigase con su silencio era lo justo. Al menos podría releer una y otra vez todas aquellas cartas y valorar de forma adecuada cómo había cambiado su prosa a medida que iba creciendo y madurando y...

Y a medida que se iba cansando de escribirle.

Sí, eso también lo había percibido. El cansancio. Había sido con un simple cambio en el inicio de sus cartas. Había pasado del «mi muy querido Gabriel» a un «estimado Worthington» para terminar en un «estimado lord Edevane». Y el tono de la misiva había cambiado en cada ocasión, volviéndose cada vez más frías, más formales, más distantes. Y, con esa distancia, el corazón de Gabriel se rompía cada vez más.

No iba a negar que se había sentido injustamente tratado, que se había rebelado contra aquel cambio, pero ¿qué podía hacer? Era él quien había marcado los límites, no Owen. Este simplemente había cambiado y, suponía, ya sólo le escribía porque era una costumbre adquirida. Pero las costumbres adquiridas también se pierden y Gabriel pronto se quedaría sin aquello que lo anclaba al mundo. Ya no disfrutaría de las gallinas que habían invadido la iglesia de Moonford, de las anécdotas de los gemelos Thomas, de las continuas reprimendas de la vieja señora Raven a cualquiera que pasase frente a su casa...

Los relatos de Owen eran tan vívidos, incluso a pesar de su frialdad, que creía conocer a los arrendatarios de su amigo mejor que a sí mismo. Se había reído a carcajadas con las travesuras de los gatos de Owen y cómo torturaban a la pobre perra de su amigo, a la que tenía que proteger de los ataques felinos. Conocía a cada uno de los clientes de The Silver Lion, sus cuitas, sus vidas...

Pero, ahora que lo pensaba, Owen nunca le había hablado sobre su vida cotidiana. Ni una sola vez. Pero desechó ese pensamiento porque no quería profundizar en ello. En cambio, se llevó una mano a los labios y recordó la sensación de aquel torpe beso. Cerró los ojos y evocó aquel recuerdo, igual que lo había hecho todos aquellos años.

¿Cómo se sentiría Owen si supiese que había evitado besar a otros hombres para no corromper aquel recuerdo? ¿Cómo se sentiría si supiese que veía en todos aquellos hombres su rostro, su desgarrado cuerpo, que llegaba al clímax gritando su nombre en silencio?

No, nunca lo sabría, no podía saberlo. Nunca se lo contaría. ¡Jamás!

Pero ahora no era todo aquello lo único que lo llevaba a evitarlo. La verdad era que se avergonzaba de sí mismo. El orgulloso, bello y gallardo lord Gabriel Worthington de antaño se había convertido en el escuálido, marcado y oscuro duque de Edevane.

Sí, temía el rechazo de Owen, esa era la verdad. Hacía tantos años que no se veían, que temía ver el horror en su expresión. Estaba lleno de cicatrices y no sólo en su cuerpo, sino también en su alma. Además, no era más que un lisiado.

No sabía cuál era el aspecto actual de su viejo amigo, pues su tío Patrick —la única persona con la que mantenía correspondencia— no le había hablado de esto. Ser un calavera y el hombre más deseado de Londres no tenía nada que ver con su aspecto físico, bien podía ser por su actitud o su dinero. Y, sinceramente, no quería averiguarlo. No quería recibir el mismo desprecio por su parte que él le había mostrado.

¡Ah, Señor! No debería estar pensando en aquello. No podía hacerlo. No con Owen. ¡Nunca!

Salió del agua y se secó con una de las toallas. Le diría a la señora Banks que nunca más le llevase aquel jabón y que borrara cualquier rastro de olor a lavanda del castillo. Tenía que deshacerse de los recuerdos como fuese.

Se metió en la cama desnudo, evitando mirar su propio cuerpo y las cicatrices que lo cubrían. Cerró los ojos y, con un suspiro, se quedó dormido. Normalmente le costaba mucho dormirse, si es que lo conseguía, pero el olor a lavanda de su cuerpo y de las sábanas le aportaba tal paz, que por primera vez en años, tardó menos de dos minutos en quedarse dormido.